

UTILIZANDO la música como factor aglutinante, los organizadores del Festival de Canet-Rock quisieron celebrar un acontecimiento multitudinario que sirviese para configurar y dar una primera oportunidad de expresarse a formas de cultura o subcultura hasta ahora marginadas entre nosotros y que empiezan a tomar cuerpo y consistencia real. Durante una noche, el recinto de Canet fue un inmenso escenario donde se realizaron actividades muy diversas que tenían como denominador común la imaginación.

Musicalmente hablando, y por defectos de organización, el festival fue un desastre. Los músicos —los más representativos y con mayor poder de convocatoria del rock catalán— se limitaron a hacer una música de fondo mal difundida por altavoces insuficientes para cubrir todo el espacio sonoro. No nos es posible hacer una crítica exhaustiva de todos y cada uno de los cantantes y conjuntos que allí actuaron. Entre ellos lo más interesante fue la actuación de Pau Riba, cantante dotado de una fuerza expresiva extraordinaria; pero ésta quedó paliada por la mala actuación del conjunto que le acompañaba y que no supo seguir su juego escénico basado en la agresión.

Sisa, que iba a ser el plato fuerte del festival, brilló por su ausencia: Las autoridades prohibieron su actuación e incluso su presencia física dentro del festival, sin que hasta ahora se haya podido saber por qué. El público pidió varias veces su presencia y cantó a coro su canción «Qualsevot nit pot surtir el sol».

Pero lo importante del Festival de Canet no fue la música, sino la manifestación de la existencia de un «underground» nacional, que se expresó a través de la fiesta. Lo que dio su fisonomía propia al festival fue, en primer lugar, el diseño y la ordenación del espacio, realizados por Pere Riera y Dani Freixas: el escenario era una colina artificial de cinco metros de altura rodeada por cuatro torres de sonido y enmarcada por una inmensa pantalla de tela blanca que se elevaba a unos veinticinco metros de altura. Al fondo del recinto de siete hectáreas instalaron una larga fila de tenderetes que, profusamente iluminados, daban al lugar aspecto de romería o mercadillo oriental. Estos tenderetes —más de cincuenta— conformaron una feria de artesanía popular. Los miembros del grupo de dibujantes



Canet-Rock ha venido a demostrar que existe en España toda una contracultura juvenil deseosa de expresarse, original y nada mimética, que está esperando el momento de poderse manifestar sin trabas. En la fotografía, María del Mar Bonet.

CANET ROCK: UNA PUERTA ABIERTA

tes «El Rollo Enmascarado» no se limitaron a vender sus publicaciones, sino que, desde el puestecito verbenero con tiro al blanco que habían montado, inventaron espectáculos solanescos —desfiles de encapuchados, bailes de destrozadas y otras mascaradas hispánicas— compitiendo en imaginación con los organizadores oficiales del festival y dando al «happening» un sentido completamente ibérico.

Dentro del espectáculo se sucedieron de forma casi ininterrumpida juegos y manifestaciones totalmente espontáneas y no programadas, que fueron seguramente lo más importante del festival. Los mismos organizadores brindaron elementos sorpresivos: fuegos artificiales, personajes disfrazados que aparecían en el cielo colgando de una elevadísima grúa, parodias de personajes de nuestra infancia —Tarzán, Alicia...—; en el tenderete del futuro bar Magic se pasaban diaposi-

tivas y se escuchaba música... Y el grupo de Oriol Tranvia, que no quiso subir al escenario, tenía montado un tinglado aparte y actuó en el intermedio contestando con su violencia al mismo festival en el que se producían.

Pasadas las ocho de la mañana —la fiesta había comenzado a las siete de la tarde del día anterior— la orquesta Platería cerró con música las celebraciones; hicieron al público que todavía quedaba y que estaba en condiciones de moverse, el regalo de poder bailar con esa música entre tropical y de plástico que no hace mucho tiempo se escuchaba aún por la radio: mambos, chacha-chás... Pero no lo hicieron como imitación «camp» de viejas glorias, sino como verdadera recreación actualizada, estilo «Roxy Music». Fue un verdadero corolario feliz a una fiesta que no puede compararse a Woodstock ni a ningún otro festival

extranjero porque tuvo un carácter netamente español.

Canet-Rock ha sido un acontecimiento tan nuevo y tan insospechado que los errores de organización —abundantes— resultaron lo único previsible: el sonido fue pobre, la selección y el orden de actuación de los músicos disparatado; el bar oficial funcionó muy mal y en el escenario matones a sueldo de los organizadores impidieron a periodistas y fotógrafos el trabajar en paz. Posiblemente se podría alargar mucho más las listas de los errores; esto se debe, en parte, a que tres días antes de la fecha señalada para su celebración, los organizadores no contaban todavía con la confirmación definitiva del permiso para llevar a cabo el festival. Los temores de las autoridades —que enviaron al lugar camiones enteros de guardias civiles armados con ametralladoras— se vieron infundados: no hubo incidentes

violentos ni se practicó detención alguna; la Cruz Roja, por su parte, sólo tuvo que atender casos sin importancia, y nada que requiriese hospitalización.

El hecho es que Canet-Rock ha venido a demostrar que existe en España una contracultura juvenil deseosa de expresarse, original y nada mimética, que está esperando el momento de poderse manifestar sin trabas. Canet no ha sido una casualidad; ha sido el producto natural y neces-

sario de un mundo social existente que debía y debe encontrar medios de expresión multitudinarios e individuales. Se nos ha abierto una puerta por la que esperamos penetrará, en ediciones sucesivas del festival, una caterva de monstruos hermosos, representantes de una cultura y de un arte populares todavía en estado de latencia entre nosotros. ■ **EDUARDO HARO IBARS. MARCELO COVIAN.** Fotos: MARIO PACHECO.



Canet-Rock ha sido un acontecimiento tan nuevo e insospechado, que los errores de organización resultaron lo único previsible (Pau Riba, durante su actuación).



En 1954, Jung posa, junto a su mujer, en los Estados Unidos.

CARL GUSTAV JUNG, UN GNOTICO CONTEMPORANEO

A los cien años de su nacimiento, la figura controvertida de Jung continúa en plena vigencia. Fernando Savater así lo estudia en un artículo que publica «Tiempo de Historia» en su noveno número. Jung fue el creador de la «psicología analítica», radical modificación del concepto del inconsciente propuesto por Freud; según Jung, el inconsciente adquiere una densidad de incontables repercusiones filosóficas, religiosas e incluso políticas a través del análisis del «inconsciente colectivo».



Jung, en su estudio.

LEALO
EN EL NUMERO 9 DE
TIEMPO de HISTORIA